



MURCIANO DE LA HUERTA  
Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

## BELLAS ARTES

EL hermoso cuadro que sirve de portada al presente número, ha sido pintado expresamente para el ALBUM SALÓN por el notable artista José M.<sup>a</sup> Tamburini.

Afortunado en la interpretación del asunto, que, sin necesidad de recurrir á la hinchada alegoría, sintetiza perfectamente la actual estación, ha puesto toda su galanura de pincel, todo su buen gusto de eximio colorista en la ejecución de la bella figura de mujer, objeto principal del tema.

Los favorecedores del ALBUM SALÓN conocen de sobra el valor de ese artista, que ha honrado con frecuencia estas páginas con sus obras, para que nos detengamos á hacer su apología.

A la galantería del inteligente comerciante en cuadros, don Vicente Robira, dueño de la *Exposición* que lleva su nombre, sita en la calle de Escudillers, números 5, 7 y 9, debe esta Revista la publicación de tres de los cuadros que enriquecían su acreditada colección.

El *Mercado de flores* de Francisco Miralles, es una de esas vivarachas notas parisienses que tan bien sorprende ese pintor, que parece nacido en las orillas del Sena, por el tono especial de su colorido y por la elegancia de las mujeres que pone en sus cuadros. En éste que copiamos, como en todos, se distingue en seguida su personalidad inconfundible; y aunque ha producido otros más acabados ó mas completos, no merece de su firma.

El *Murciano de la Huerta*, de Agrasot, no por sencillo deja de ser un trozo de pintura que resume en sí todas las buenas cualidades del celebrado pintor valenciano. Figura bien dibujada, puesta con naturalidad, se recomienda en particular por la exacta calidad de todos los detalles, hechos con la conciencia de un miniaturista y con la holgura de un pintor de cepa española.

A Hernández Monjo, si no tuviera otros méritos, le bastaría el de haberse creado un especialista en el *retrato* de buques. Un marinista los emplea como parte de su composición, sin dar exclusiva importancia al tipo, por más que tenga la habilidad de conservarlo. Hernández Monjo, por el contrario, busca en la forma, calidad y aplicación de sus buques la parte representativa de su obra, relegando á términos secundarios y como de simple *entourage* los demás elementos de sus marinas.

Poco conocedores de lo que constituye la técnica de los barcos, y mucho menos de los de guerra, hemos oído, sin embargo, calurosos elogios de personas inteligentes, en pro del *Pelayo* que publicamos hoy, que consideran una copia hecha con inteligencia de las cosas de náutica, del acorazado que por tanto tiempo tiene echadas sus anclas en el puerto de Barcelona.

Por nuestra parte sólo podemos añadir que Hernández Monjo reúne algunos conocimientos artísticos que sabe aplicar con oportunidad, á fin de que resulte menos árida la forma sobrada técnica, para ser artística, de sus trabajos.

FRANCISCO CASANOVAS

### LA CANCIÓN DEL VIENTO

(FACETA).

SE PONEN casi todos que la canción del viento es canción sin palabras. No hay tal; es que pocos saben su lenguaje. Un cuervo viejo, por quien siento yo profunda simpatía, me ha traducido la eterna, la terrible, la plácida canción.

«Soy más fuerte que los cuerpos, yo que de cuerpo carezco; soy más poderoso que el mar, porque mi imperio no tiene límites; soy fecundo como la vida, eterno como la materia.

» Si florecen los prados, si crecen las selvas, si se espesan los bosques, si á lo largo de las orillas de los ríos arraigan las cañas y los álamos, á mi influjo se debe. Yo soy el mensajero de los amores arbóreos; en mis alas llevo el pólen fecundante, germen de vida, que la palmera envía á la palmera á través del desierto. Yo soy el sembrador más activo; el que cuida de la general limpieza.

» Cuando rujo de un modo espantable; cuando troncho árboles seculares; cuando derribo cabañas, mi obra es noble y santa y meritoria. El árbol que arranco de cuajo, es que no tenía firmes las raíces; la encina que troncho, es que tenía el corazón roído por los gusanos.

» Yo corro sin cesar á través del espacio; yo arrullo los amores de los hombres, cuando susurro mansamente á través del follaje, y, ya tenga ímpetu de huracán, ya acaricie blandamente, siempre soy fuerte como lo eterno, fecundo como la vida, perdurable como el dolor que lacera el corazón de los hombres.»

\*\*\*



Cuadro de ROMÁN RIBEBA.

## CRÓNICA DEL CARNAVAL

SIEMPRE que, al considerar las infinitas generaciones que poblaron el Universo, deteniéndose mi observación en el hombre, se me representa éste como un héroe fanfarrón, amalgama de semidiós y de payaso.

Este aserto, que quizá os suene á paradoja, constituye sin embargo una ley. El hombre, hoy por hoy degenerado, conserva todavía en su alma rescoldos de su primitiva grandeza, á la vez que desciende sin obstáculo, juguete de su instinto, á su degradación, menoscabando y hasta poniendo en ridículo su dignidad, de la que por otra parte alardea tras la máscara de su disimulo y obediente á los ritos de la llamada civilización.

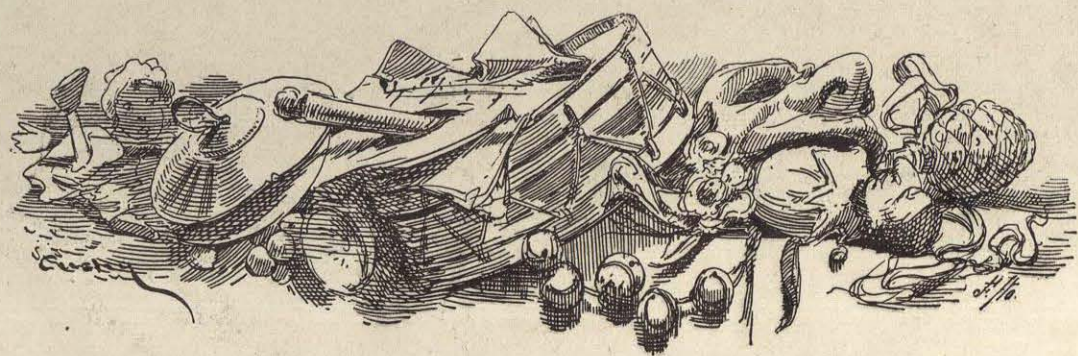
Si, retrospectivamente, convertís vuestras miradas á tiempos remotos, la edad mítica comenzará por ofreceros infinitos modelos en que estudiar y aún definir esas contradicciones que afligieron siempre á nuestra raza.

Júpiter, dios de los dioses, suspira como un colegial por lo; citado por la fábula como amparo de las leyes, de la inviolabilidad y de la fe jurada, infringe las de su himeneo abandonándose á toda suerte de transportes amorosos, fuera de su jurisdicción, á despecho del celoso fidelísimo amor de su consorte. Minerva, representación de la sabiduría, mujer invencible é inventora de la flauta, tira con ésta, despechada y colérica al notar en el acuático espejo la merma que imprime en su hermosura, el uso del pastoril instrumento y la justificada chacota de que es objeto por parte de la severa Juno y la risueña Venus. En otra ocasión, descarga como rabanera inmunda su propia lanzadera sobre la mísera cabeza de la hija de Imón, cuya intachable labor osó rivalizar con la suya. Marte, personificación de las batallas, sorprendido en adulterio delito por Vulcano, pugna, impotente, por salirse de la red en que éste le envuelve en su tálamo, entre las cuchufletas de los demás dioses. Apolo, germen de la luz, dios de la poesía y del poder, persiguiendo á Dafne sin lograrla.

Siempre adelante, hallamos á Mario sugestionando con la mirada al esclavo de quien va á recibir la muerte; al gran César titubeando ante el Rubicón; á Augusto pidiendo aplausos al morir por su bien representado papel; á Tiberio enfrascado en su glotonería; á Calígula en su extravagante soberbia y en sus vicios nefandos; á Julias y á Mesalinas, en el hartazgo de lúbricos é inauditos desenfrenos; á Nerón, monstruo del arte, fascinado por Popea, asesino de la misma, y lamentándose al morir de que el mundo pierda en él tan consumado cómico; á Adriano, espíritu recto á cuyo impulso florecieron las artes, ardiendo en el funesto extravío de un amor vitando; á Marco Aurelio, sabio profundo, filósofo, descreído, magnánimo hasta con los propios amantes de su mujer Faustina; á Helio-gáballo, fruto de duplicado adulterio, bestia feroz del vicio; á Galieno, stucumbiendo bajo el peso de su molicie afeminada.

Todo lo cual viene á patentizarnos el fuego de locura que consumió á la humanidad, sus millares de infracciones del buen sentido y, sobre todo, el sinnúmero de contradicciones en que, desde que el mundo es mundo, incurrió. Estas contradicciones tienen su fuente en el prurito del hombre de aparentar lo que no es, y en este mismo prurito halla siempre su genio fantaseador tela en que extenderse y elegir á discreción el disfraz que más le cuadre.

Roma, el pueblo rey, ofrece de lo que os digo un admirable ejemplo en la pléyade de monarcas, repúblicas y emperadores que rigieron sus destinos; pero donde más dominó este desmedido afán fué en Grecia. Los griegos, inspirados genios, floridos y fecundos, verdaderos atletas de la Idea, hicieron de ella una epopeya magnífica al entronizarla en las regiones de lo bello. Con sus sagrados mitos, sus épicos cantos, sus proféticos simbolismos, comenzó el gran poema de la Creación: espléndida primavera franqueó sus puertas á la Vida. Torrentes de savia corrieron sobre la tierra fecundándola, y sus áridas llanuras se tornaron campo multicolor, esmaltado de murmurantes cintas de plata, bajo la transparencia de una inmensidad cerúlea y diáfana. Las Nereidas, las Náyades y las Hespérides, poetizaron los bosques, dando pie á las sublimes creaciones de Homero y de Virgilio... El mismo amor pareció transportarse inundando de un soplo divino los corazones, consumidos, á no tardar, por la fiebre del placer. El Bien se hizo patrimonio de los mortales, la Babel del pensamiento llegaba ya casi á su cúspide, cuando el mal reclamó su vez. El coloso monumental quedó en pie; pero los hombres descendieron de él abrasados en ansias locas de placeres. Con la institución de las *Dionysiacas* en Grecia y las *Lupercas* y *Saturnales* en Roma, se abrieron



ancho campo á su desenfreno, dando origen á nuestro, hoy por hoy, decantado Carnaval.

Durante esas fiestas, inauguradas regularmente por medio de un banquete público, se comían las mayores liviandades, los más increíbles excesos. Con fermentación libidinosa, rebosaba el vino del seno de los hombres que se lanzaban por las calles desnudos, blandiendo encendidas antorchas. Doncellas y casadas seguían su ejemplo: consumadas bacantes, mal encubiertas sus espaldas con la piel de gamo, á merced del aire la undosa cabellera, empuñando el tirso entre voluptuosas actitudes, vértigos de la locura, corrían desaladas y poseídas de frenética alegría. El hombre perdía su dignidad, la mujer su pudor, y el esclavo dejaba transitoriamente de serlo, pospuesto á la igualdad del odre y de la carne.

Vano fué que la intervención, más tarde, de los Padres de la Iglesia intentara poner coto á tales usos. Como titán invencible, cabalgando sobre el corcel del Progreso, el Carnaval marchó siempre adelante y su influencia se difundió, heraldo del placer, por los ámbitos del mundo, mientras todas las naciones, á una, lo celebraban. Los romanos lo importaron á España, Colón al Nuevo Continente. Inútil fué que los godos, orgullosos de suyo y reñidos con cuanto estuviera fuera de su dominación, se sustrajeran á sus seducciones; que Carlos V y Doña Juana de Castilla combatieran contra su esplendor. Felipe IV manda edificar en Madrid, para gloria del Carnaval, una plaza que cuenta con 488 ventanas y se ilumina con 7.000 luces. En Francia, Enrique III, acompañado de los caballeros de su Corte, acordándose acaso del fundador de Roma, se lanza por las calles de París, ébrio de algazara, en pos de aventuras. Enrique IV, hace lo mismo dirigiendo una patrulla de brujos.

La poética Italia aumenta su brillo con su famoso Carnaval de Venecia. Los mismos ingleses abandonan un punto su flemma durante esos días de jolgorio. Los negros de Haití imitan por medio de blancas caretas, nuestra raza. Los salvajes del Brasil, cubriendo sus cabezas con otras de irracionales. Los árabes lo celebran solemnemente en la noche del mes de Moharren, primero del año musulmán. Los eslavos, simulando el cortejo del oso, y cuando los Carnavales coinciden con alguna boda, con la decapitación de un gallo al que se forma en toda regla un proceso y con cuyo cuerpo se hace ofrenda á los novios, á la vez que se celebra un alegre festín.

Goethe hace una brillante descripción del Carnaval romano. El Corso, calle que se distingue por su pulcritud, se extiende en línea recta desde la plaza del pueblo hasta el palacio de Venecia. En esta calle, dilatada y hermosa, expira el Carnaval en su período más álgido de esplendor. Cuéntanos el autor de Fausto que las carreras de caballos (*de barberi*) prestan singular animación al Corso durante los dos últimos días del Carnaval. Adjudicándose premios á los caballos vencedores, y entre el garbullo y descompuesta gritería del gentío, los chirridos de las llantas de las ruedas sobre el piso, la garrulería enloquecedora de las máscaras, y el oficioso chillar de los alquiladores de sillas, exclamando: *Luoghi, padroni, luoghi*; los variados tonos de colores que esmalta la soñadora luz del crepúsculo, y las procesiones de antorchas que, una vez llegada la noche, se ven correr como vértigos de resplandor entre la pugna de sus portadores por apagarlas unos de otros, el cuadro, en fin de todo ese portento de vida y de placer, ofrece á la asombrada imaginación del espectador la idea gráfica del soberbio desfile de la locura. Locura transitoria, locura, al fin, apagada al soplo indestructible de la razón.

Precisa confesar, sin embargo, que el Carnaval languidece cada vez más en nuestros países. No por sobra de moralidad, sino por falta de energías, por estéril egoísmo, antes que por generadora virtud.

En el Carnaval, una de las tradiciones más hermosas del paganismo, se reflejaron siempre los grados de cultura y adelanto de los pueblos. No es, pues, extraño que disminuya el interés de sus fiestas y se oscurezca su brillo, reflejando el actual desmayo de España. Mas es de esperar que este país privilegiado y rico en gérmenes de regeneración, sacuda al fin su letargo; esperemos, sí, que el hoy amedrentado león muestre sus aguzadas uñas al perenne inaudito Carnaval, en el que tras la máscara de mansas ovejas pululan los vampiros.

Esperémoslo... porque la esperanza es siempre un bien.

JOSEFA CODINA UMBERT



LIC. DON JOAQUÍN BARANDA

MINISTRO DE JUSTICIA É INSTRUCCIÓN PÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS.

ALLEGÓRICA ponderación de empresas imposibles nos dejó el sublime retórico de Tagarte, en la fábula piadosa del maravilloso niño que con una mínima concha y en una pequeña oquedad de arenosa playa, pretendía vaciar todo el salobre caudal de los mares infinitos. No para mí menos difícil será la de encerrar en poco más de un ciento de líneas el resumen completo y breve de la vida y gestión política del Secretario de Estado y Ministro de Justicia é Instrucción Pública del Gabinete del insigne estadista, General Don Porfirio Díaz, quien dieciséis años hace se dignó llamarle á coadyuvar en la grandiosa obra de orden y progreso, emprendida y terminada por el ilustre actual Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

¿Cómo en tan estrechos límites podré siquiera decir que es Don Joaquín Baranda digno hijo de uno de los héroes del glorioso desastre de 1805 en Trafalgar, Don Pedro Sainz de Baranda, alférez de Marina española, nacido en el hoy Estado de Campeche, que en su memoria y honor se apellida de *Baranda*? ¿Cómo apuntar al menos que en el de Yucatán y en Mérida, su capital, nació á su vez Don Joaquín el 7 de Mayo de 1840? ¿Cómo no señalar al alumno distinguido del Seminario de San Miguel de Estrada, que secularizado después con el título de Instituto campechano, le vió allí ejercer la cátedra de literatura é idioma castellano y recibirse de abogado en 1862? ¿Cómo no admirarle poeta, periodista y orador á los veintidós años de edad, tan notable y temible para aquellos á quienes en-derozaba su enérgica y docta censura, que hicieronle desterrar de la Pe-

nisula yucateca? Imposible decir con la obligada concisión, cómo un destierro le condujo á distintas localidades de diversos Estados de la República á trabajar en defensa de su patria contra la usurpación francesa y el Imperio que de ella emanó, y presentarle, allegando personalmente elementos de guerra, afrontando temerosos riesgos, y burlando deshechas persecuciones, hasta el día en que la delación de un traidor le costó ser detenido y encarcelado, primero en el Castillo de Sisal y después en la Ciudadela de Mérida, de la cual, tras prolongada prisión, se le permitió salir, sujeto á la vigilancia de la autoridad militar y con la ciudad por cárcel. En ella volvió á sus tareas de jurista y catedrático, y cuando en 1867 fué por el esfuerzo liberal restaurada la República, pasó á la ciudad federal, residencia de los Supremos Poderes, á ejercer el cargo de Diputado en el Cuarto Congreso Constitucional de la Unión, como representante de uno de los Distritos de Campeche. En ese Congreso y en el siguiente, al que le llevaron dos diferentes Distritos electorales, se distinguió en lugar principalísimo por el vigor de sus peroraciones, por su profundidad en la ciencia jurídica, por la valentía de sus apóstrofes, por la asombrosa facilidad de su palabra, y por la natural y espontánea elegancia de sus improvisaciones, verdaderamente académicas.

La altísima significación de su personalidad política, consagrada, por así decirlo, con el aplauso de la Capital, le valió ser designado para Presidente del Supremo Tribunal de Justicia de Campeche, y poco más adelante, en 1871, ser electo Gobernador Constitucional de aquel Estado.